

AL OTRO LADO DEL MUNDO

Impresiones de viaje



Manuel Arce Arenales

Editores  Alambique

**Este trabajo está licenciado bajo Creative Commons
Atribución-Uso no-comercial-Vedada la creación de obras derivadas. 3.0 Unported
License.**

**Para mayor información sobre la licencia que protege esta obra, ir al siguiente
hiperenlace:**

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/>



AL OTRO LADO DEL MUNDO

manuel arce arenales

editores  alambique

Editores Alambique es un proyecto civil, autogestionario y sin fines de lucro. Participamos con esa mínima, pero suficiente cuota del sueño que afirma en el mundo la alegría de vivir. Para nosotros, al decir de los antiguos Nahuas: el verdadero artista todo lo saca de su corazón.

El arte no establece ni afina, no esclaviza ni deja en libertad, pues nadie nace esclavo en su mente, ni a nadie puede esclavizarse sin consentimiento de su corazón: Late no en lo obtenido sino en el silencio, en la distancia, en la pregunta.

Diseño de portada por Manuel Arce Arenales.

Hecho el depósito de ley. Reservados todos los derechos.

© Editores Alambique, San José, Costa Rica.

© Manuel Arce Arenales

Prohibida la utilización para cualquier fin, así como la reproducción total o parcial de este libro, incluido el diseño de cubierta, por cualquier medio mecánico, electrónico u otro, sin la expresa autorización de Editores Alambique. Impreso en Costa Rica • Printed in Costa Rica.

I

PARTE

Primeras formas

Es posible que mis impresiones no tengan total validez, por ser necesariamente superficiales y obtenidas en escasos cinco días. Sin embargo no puedo evitar sentir que esta ciudad es infinitamente más cercana a las ciudades europeas que he visitado (sobre todo las antiguas, pequeñas o medianas) que a cualquier ciudad americana. Todavía no he visto un supermercado, pero sí múltiples pulperías (aquí las llaman "combinis") y pequeños negocios en donde se venden hortalizas, frutas, carne o mariscos.

Supongo que será posible encontrar algún McDonalds (no he visto ninguno todavía), pero las calles están llenas de pequeños negocios que venden comida tradicional japonesa, tan deliciosa como para ser adictiva. La mezcla de lo moderno y lo antiguo es alucinante, como impresionantes son los templos que datan de hace más de 1300 años o los enormes edificios relucientes de metal y vidrio con escaleras automáticas de centenares de metros de longitud, y tiendas especiales (digamos dedicadas a vender productos electrónicos) de ocho pisos o más.

Los exquisitos jardines que rodean una gigantesca pagoda de alguna manera coexisten pacíficamente con los centros comerciales, y las amplias avenidas no se pelean con las docenas de callejuelas invisibles y rumorosas. Sí existe una diferencia notable, en el sentido de que la gente aquí es de una cortesía espontánea pero rigurosa, de un trato impresionantemente gentil y respetuoso, de un cuidado minucioso y delicado, todo muy diferente de la brusquedad típica de los euroasiáticos occidentales, aborígenes o trasplantados a las Américas. Siento que tenemos mucho que aprender de esta gente.



Seamlessness and beauty

I haven't seen a fat person yet, let alone an obese one, with the exception of two or three Western tubs of lard waddling aimlessly about. I haven't seen any overtly gay people either. I suppose they must exist—I hadn't seen a fast food restaurant until yesterday, when I espied a dingy little McDonald's catering to a rather small group of foreign patrons (I charitably assumed they were down on their luck in this stupendously expensive country, McDonald's fare being cheap the world over). I have yet to hear someone honking a horn, although I did hear a police car take off, siren wailing, probably in pursuit of some egregious umbrella thief. It's no joke—they fine you 30,000 Yen here for littering, and it's any citizen's responsibility to denounce the litterbugs.

A quiet city full of purposeful people, each one pursuing his business but utterly attentive to others—at the little meat shop scarcely a few feet away from where I'm staying, a young couple passed by and the youngster pointedly saluted the tiny old man who was tending to my awkward requests. He looked more or less like any young man the world over, long haired, making an effort to be hip in his own Japanese fashion. But he was clearly concerned for the safety of the little vendor trying to understand the hulking foreigner who might be up to no good.

This is a city of contrasts, but everything seems to blend seamlessly, just like the Russian Sumo wrestlers who don't appear at all incongruous in spite of their blue eyes and Slavic faces. The tallest building in Japan is still the huge Pagoda of Kyoto built in the 8th Century, and the fastest trains in the world hiss quietly close by. I was able to do zazen at a Temple nearby, in spite of the tourists coming and going, since they are obliged by law to be silent and to abstain from taking pictures. The pigeons walk about unmolested, obviously behaving more intelligently than the foreigners who amble by gaping foolishly or else looking around with vague disdain.

The Golden Pavilion lies barely one kilometer away, and in a clear, sunny day its gold covered roof and walls reflect the sunlight blindingly. It is a strangely unostentatious display because the building sits on water, and thus appears to be a shimmering drop of cosmic luminosity, natural and almost diffident in the middle of the serene and extensive peace of bushes, trees, and flowers. Love of nature here seems inexhaustible—I actually saw a program on TV about Costa Rica and its breathtaking landscapes. Beauty, beauty, beauty everywhere.

Música y silencio

¡Qué extraño placer es éste, escuchar los conciertos para dos violines y orquesta de J. S. Bach en la ciudad de los mil templos! Entiendo por fin que esta música es otra forma de hacer silencio, como el silencio milenario de los adustos y espaciosos recintos sagrados es otra forma de hacer música. Esta gente absorbió con rapidez la música Occidental Europea y con facilidad inaudita logró una maestría de ella tan sólo superada tal vez por los descendientes de Abraham, sedientos de sonido después del silencio abrumador de sus desiertos.

Concentrado en mi trabajo, ya un viejo judío típico supongo, impulsado por la obligación de cumplir con mi mandato de permiso con goce de sueldo, devanaba mi cerebro alrededor de los carretes del símil y la metáfora. Culpablemente salí a comer un par de veces y a meditar en uno de los templos cercanos—no tendré vacaciones sino hasta pasado-mañana. Mis compañeros de viaje salen todos los días a ver cosas con ojos de vidrio pero no puedo culparlos. Sin pensar dejo la televisión encendida y de pronto me doy cuenta de que los combates de Sumo han sido reemplazados por un programa de música y danza clásicas japonesas.

Flautas claramente hechas de una rama de bambú laqueada con infinito esmero, lentos tambores y laúdes de tres cuerdas. Hombres y mujeres por igual absortos en melodías y armonías—músicos en fin. ¿Cuánto costará una de esas ramas de bambú? Apuesto que más que si estuviera hecha de oro sólido. Esos impresionantes trajes de seda, esa refinada compostura. Aquí y allá, al mismo tiempo. Quiera Dios que podamos hacer lo mismo, a pesar de nuestra juventud ardorosa y nuestra pujante vulgaridad. O tal vez en virtud de ellas.



Glimpses of the other side

All animals have an underbelly, and this is no exception. Nowadays it seems to me one can find out a lot about a country just by watching its TV. The fare here is at times expected: children's programs, obviously educational, and the ubiquitous soap operas and news programs. Then you have the adult educational programs—Chinese lessons, English lessons, Spanish lessons, Italian lessons. Probably its just happenstance, but I haven't yet seen French, Russian or German lessons, something that strikes me as slightly weird. The word for "bread" is "pan", however, and the Western European languages apparently retain their allure the world over.

Of course you also have movies extolling the ancient glories of the past, something all humans seem to engage in after their particular historical ups and downs since the advent of the Agricultural Revolution, and sports: Sumo, certainly, but also baseball, golf, and football. Classical music, both Western European and Traditional Japanese. Food programs—the Japanese seem to enjoy, among the pleasures of the flesh, eating above sex. Very few commercials here are built upon the selling of sex, something we take for granted in Western cultures, where even the lowly mop has to be sold by an enticing half naked woman. However, by and large the vast majority of programs have to do with consumption—of food, of course, and foodstuffs, but also kitchen gadgets, electronics, beer, and a staggering number of depilation products. Both men and women seem obsessed with removing their bodily hair, everywhere except on the top of their heads it seems.

This is a paradise for those who live by and love consumption. It is not ostentatious, but it is relentless, pervasive, insidious, overpowering. Perhaps it shouldn't be surprising, since these people invented steel and co-invented capitalism and the multinational corporations. At least for me it is quite obvious that the likes of Sony, Toyota, Panasonic and Toshiba own this country. Many people work their lives away in speckled splendor, with hardly time to calmly enjoy the many pleasures available to them and present more as a promise or possibility than as comforting reality.

In the "Irish Pub", a place in downtown Kyoto where foreigners come to find relief from the delicate and varied Japanese food to gobble up fat hamburgers and quite decent fish and chips, I was quickly befriended by an older Japanese executive who was oh so curious to find out about the exotic foreigner. Natives come here too, in order to sample the mysterious atmosphere of faraway lands. The manager of the place, an Israeli who made contact with me after almost instantaneously figuring out I was Jewish, told me the man was actually a boss in one of the huge stores that occupy the gigantic Kyoto train station. The man modestly

explained he wasn't really a "top" boss, but was indeed up there in the chain of command. He then proceeded to invite me to a Corona beer (Mexican beer is a sign of status here) and to ask me about my activities and the place I came from. When we were half way through a very amenable conversation, however, he was taken away by a phone call—work related, of course.

The next day I was taken to see two of the most famous temples of Kyoto by a demure geneticist of impeccable manners. She had to use a map to find them, since she had never been there. The sights were breathtaking, both because of the infinite beauty of the surroundings and the revolting throngs of tourists that babble their way incessantly through these sacred places that beg for silence. Of course the main quarters are secluded, and it is forbidden to enter them, but I have to wonder whether the monks feel that they conduct their religious practices very much like animals in a well tended zoo. I suppose of course they do. The Chinese tourists are the noisiest, they stop anywhere and yell at each other excitedly, burly men and overbearing women who almost make the Americans and the Italians appear couth. They have the money now, after all, and apparently tens of thousands of them come regularly to Japan to shop and see the sights.

In the end it shouldn't make me sad, but indeed it made me shudder when I contemplated the thoughtful gardens and enjoyed the marvelous traditional vegetarian restaurant, with its gracious, friendly host and calm atmosphere. The stone walkways and muted rivulets, the wooden structures that provide support to the leaning trees—everything speaks of something ancient and astonishingly refined, worlds away from the teeming malls and obvious signs of progress. Perhaps our species is condemned, after all, in spite of these islands of quiet splendor that remind us of what we can actually accomplish when we focus on dominating ourselves rather than on dominating nature or each other.



Imaginación y realidad

Cuando niño, tal vez en cuarto o quinto grado de primaria, mi madre me regaló un libro sobre Japón. Era precioso, lleno de incontables mapas, estampas y fotografías y escrito con aprecio y seriedad. Lo leí con tanta intensidad que convencí a mis compañeros y a la propia maestra de que de hecho había visitado el exótico país. En mi mente recreé historia y tradiciones, trajes, templos, filosofías, jardines, pájaros y montañas. Sobre todo recreé minuciosamente la antigua capital imperial, la ciudad de los mil templos, la preciosa y señorial urbe de Kyoto. Junto a Jerusalén y Toledo, se convirtió en uno de los lugares que me pareció indispensable conocer antes de que me convidare la muerte.

Ahora estoy aquí, y compruebo de nuevo que mi imaginación supera la realidad. Más bien, de nuevo compruebo que la única realidad que cuenta es la de la mente. La visión de mundo es como las mutaciones superficiales que dictan nuestro color de cabello o de piel, la cultura es nada más la vestimenta con la cual asistimos a un evento formal o la que nos quitamos al defecar. Increíblemente, o más bien obviamente, somos siempre los mismos, nuestras diferencias son más producto del deseo que de los cambios necesarios al adaptarse a un entorno particular. Es porque creo que, más que ninguna otra especie, nos llevamos dentro, somos solipsistamente africanos orientales aunque tampoco sepamos realmente lo que es África centro-oriental.

En un sentido importante, esto nos redime: Kyoto, Toledo y Jerusalén son indudablemente creaciones necesarias de nuestra especie, tan de cualquiera de nosotros en un profundo sentido como de cualesquiera otros, aunque algunos hayan sido llamados a ser, de necesidad, sus guardianes. Todo los días veo aquí rostros que son claramente indios, o africanos, o que se perderían sin levantar una ceja en Costa Rica o en Alemania. Pero eso, por supuesto, es lo de menos. Lo de más es que cada uno de nosotros, en algún remoto rincón de nuestro ser, contribuyó a la construcción de los soberbios y austeros templos que predicán la armonía entre todos los seres vivos.

Tomemos como ejemplo la famosa hospitalidad japonesa. En realidad, la cortesía de los japoneses me parece una extraordinaria forma de crear distancia. Vista de cerca esta gente no es calurosa, como lo son digamos los nicaragüenses. Son correctos hasta el fastidio, generosos sin pasarse de la raya, cuidadosos por mantener las apariencias. Pero no me siento apreciado, no siento que haya preocupación por mi bienestar o cuidado sincero por tratarme como un invitado que merece atención, si no por otra razón por la minusvalía que implica mi falta de sentido de orientación. No es tan diferente de la actitud de los costarricenses, que ofrecen el cielo y la tierra para después desaparecer en una ventisca de oscuras justificaciones o de vagas promesas futuras. Cada quien, después de todo, tiene que velar por

sus intereses inmediatos.

Siento lo mismo al entablar conversación con cualquiera de mis congéneres. Percibí más cercanía con el hombre que me invitó una noche a una cerveza para preguntar, lleno de genuina curiosidad, sobre mi país de origen y mis exóticas costumbres, que con mis compañeros de viaje, con quienes intercambio banales comentarios o superficiales peticiones de servicio. Son muy pocas las personas con las cuales podemos realmente conversar. Con la mayoría simplemente intercambiamos señales, tal vez como lo hacen las gallinas o las ranas. Para poder conversar con alguien hace falta tener una llave, una llave especial sin la cual podemos intentar en vano abrir una cerradura que tal vez, en más de una ocasión, ni siquiera existe.



Never forget the ape

I wonder why I “decided” to write alternatively in Spanish and in English about my experiences in Japan. I have no idea whatsoever. Not surprisingly, my mind turns out to be as mysterious as anything else. As mysterious, for example, as why people the world over fall head over heels trying to imitate the gross and repulsive American Way, or are intent on acquiring the mythically grotesque American Dream. Not that one doesn't find remarkable exceptions: on the floor above me lives a young couple, obviously well heeled Japanese yuppies. The man sported a tee shirt today with the script *Mafias Peligrosas*, under which one read ¿Conoces algún truco para conquistar?

I have a partial answer as to why people flock today to the American style, just as they flocked in the past to the Roman standard. The Japanese are particularly naïve about it, and so I was able to isolate the reason. Americans appeal to the uncontrolled, basic animal greed that promises power, “freedom”, crowing and brilliant plumes to provoke unmitigated envy upon one's neighbors. It is a primal allure that would probably entice other species of social animals if they had been endowed with linguistic capacities. Its power resides in how easily one can follow certain instincts when sanctioned by society, and on how difficult it is to become a human being.

Young Japanese sport ridiculous hairdos that they obviously find very chic, tint their hair and strut about in what they presume is a rather roguishly Western fashion. Ordinary commercials here are liberally sprinkled with English words, and huge retailer chains like “Bic Camera” leave one mystified as to the absconded origins of their names. Pop stars ape American music styles in ways that provoke either laughter or pain, young starlets promote their latest album of songs, all sung in the language of the far away isles where aboriginal Iberians, Romans, Germans and Celts still haven't found a secure way to feel the same and live in utter peace with each other. It reminds me of Shakira and Julio Iglesias, idiotically vulgar in English, much more so than they were in Spanish, where at least they could boast of some native loam for their contortions.

In the end, this trip has been a boon in terms of human understanding. Not quite as bleak as the American saying “Life is shit, and then you die”, but yes something like “We are all the same, and then we pretend to be different.” There must be a silver lining here, somewhere. Please tell me where.

Nos Otros

Obligado a permanecer encerrado en mi habitación escucho música y de vez en cuando salgo al balcón a contemplar una vista ya casi memorizada. Entro rápidamente, vencido por el oprobioso calor del verano euroasiático. La televisión todavía no me aburre: sigue proporcionándome valiosas visiones sobre una cultura cada vez más comprensible.

Hay muchos programas sobre animalitos, muchas visitas a distintos zoológicos, muchas aproximaciones reverenciales al mundo natural. No he visto todavía doblajes de series norteamericanas, con excepción de La Guerra de las Galaxias en dibujos animados. Me es difícil reconciliar esta actitud gentil con la obstinada oposición oficial a la caza de ballenas o tiburones. Esta gentileza personal para los orangutanes mientras compañías japonesas se involucran de lleno en la masiva deforestación de Indonesia.

Recuerdo entonces, melancólicamente, que los japoneses son nosotros. No tienen, por supuesto, por qué ser peores ni mejores. Es una lección que me veo obligado a repasar una y otra vez. Solamente nosotros podemos redimirnos a nosotros mismos, pues solamente hay nosotros. Es seguro que si los tiburones fueran “dueños” del planeta no procederían de mejor manera que lo hemos hecho nosotros. Nos otros. Qué extrañamente bella palabra.



II

PARTE

El agua y la sed

Ayer fue un día extraño. Salí a recorrer los alrededores de mi apartamento al recordar que cualquier lugar es todos los lugares. Siguiendo una callejuela, después de una tienda de antigüedades, avisté una pequeña capilla familiar, adjunta a su casa pero desnuda frente a la calle. Budista, tradicional, construida amorosamente de madera trabajada con evidente esmero, mostraba en su parte inferior la señal de buena fortuna, la sva-astika. A pesar de que bien sé que constituye una de las tantas señales del buda, y no obstante que giraba claramente en dirección opuesta a la insignia de los nazis, no pude evitar un estremecimiento.

Regresé de prisa cuando me percaté de que se acercaba la hora de mi cita. Cruzando una pequeña calle somnolienta, claramente al amparo de la luz verde, primero casi me atropella un ciclista y después un hombrecillo que manejaba un camioncito reventó su bocina tratando de hacerme a un lado. Señalé la luz de paso y me respondió con una mueca perversa.

El trayecto en autobús es largo y caluroso, a pesar del aire acondicionado. Un anciano monje entró en algún momento apoyándose en su bordón. Ningún japonés le cedió su lugar, pero un joven valenciano y su novia latinoamericana se levantaron con un gesto de transparente gentileza y respeto. Sentí un extraño orgullo, una absurda sensación de logro satisfecho.

Después de un tiempo sofocante llegué a la universidad, que no demasiado sorprendentemente se parece a cualquier universidad. Pero a escasos metros se encuentra el templo de Chionji, inmerso en la misma serena contemplación desde hace trecientos cincuenta años. Ni un solitario turista empañaba su silencio: éramos yo y las palomas. Medité por fin, como un sediento que llega al pozo y bebe largamente, viendo de reojo el azul resplandeciente y la extensión amarillenta de las arenas.



Every ordinary day is satori

The outside has not changed. I haven't changed. My perspective and my expectations have changed. I could now remain in this place in which I've been living for a thousand years. Because I remain the same, I hold peace with myself, the only peace that matters, and watch and see and hear. In other words, I am born anew.

This is a search for simplicity. I have gone from the golden pavilions to the serene and unspeakably sophisticated gardens to the austere temples with only the wind praying amidst their rafters, to the inconspicuous stone, to the air around it. Sinking within myself I find that I am infinite. Looking outside I find I am very, very small. In this perfectly balanced multiplicity I am unity and my eye can see itself. What did I do to deserve this? Absolutely nothing.



La realidad y la espera

De todas las pruebas, la espera es la más consistente. Han dicho que las tres virtudes teologales corresponden a las tres religiones abrahámicas: la fe es el Islam, el amor es el cristianismo, y la esperanza el judaísmo. Esperar no es sencillo ni fácilmente reconciliable con la realidad. Es claro que cuando uno ha comprendido algo se espera a sí mismo. Y uno nunca llega porque siempre está allí.

Este pueblo es como todos los otros: se desconoce pero intenta recordarse. En su amabilidad no fingida, en su curiosa resistencia a ser otra cosa siempre tratando de copiar lo que se imagina excelente. En su fe en el trabajo. Es difícil explicar un ambiente. Casi tan difícil como explicar una espera. Pero aquí todo es sencillo. La gente es gente solamente, millones y millones de gente.



Satori is every ordinary day

Absolute quietness in the midst of noise. I look at the stars and I am amazed. They are actually the same. Above the frothing ocean against the rocks of the North Sea, above the burning sands under the frozen moon, glinting among the branches of the bejeweled jungles that hide innumerable poisons. The stars spin worlds of light and shadow, worlds beyond count, castles and singing birds.

What has happened to me? I have simply returned to my dream. Left alone I am busy, and bored, and restless. I look at myself and expect this perfect night. I will be tired tomorrow. I know that, of course. The moon rides on high, the stars sprinkle themselves. I am alone.



Lo cercano es lo lejano

Hoy vi un programa sobre la Virgen del Rocío. Miles de andaluces cantando y llorando, sacudidos por algo más allá de sí mismos. Hay muchos programas sobre España aquí. No sabía que la agostada tierra castellana fuera tan bella. No sabía que era infinita. Estas islas son simples. Eso parece.

De las cosas de afuera a las cosas de adentro. Sólo las de adentro son reales, por supuesto. Creo que he descubierto el secreto detrás de la incontable mirada en las estatuas de los cientos de miles de budas que son, obviamente, uno solo. Es una extensión interminable y sin comienzo, una superficie limpia y constante como un espejo. Lo único que viene a mi mente es esa frase atribuida a J. S. Bach, no sé si apócrifamente (como si importara): “Soy solamente un dedo a la sombra de la eternidad señalando el infinito.”



La amistad, la serpiente, el sendero

Las huesos calcinados de mi amigo forman una suave colcha sobre la tumba de mi amiga Ogodei. Creo que ella fue feliz, a pesar de que nunca salió muy lejos de su casa, y lo que vieron sus ojos fue siempre lo mismo. Pero dicen que así vivió también el sabio de Königsberg. Mi otro amigo, quien escogió que sus restos hechos ceniza fueran desperdigados bajo algún árbol sensitivo, tampoco conoció demasiados lugares, excepto en su mente prodigiosa en donde los conoció todos. Hay quienes han viajado por centenares de sitios sin conocer siquiera el inodoro en donde defecan ni el ombligo que se rascan sin pensarlo.

Tengo únicamente siete amigos, y tres de ellos están muertos. Pero no importa tanto, pues con un amigo uno no se comunica: simplemente cambia de la misma manera. Con una amistad, incluso con un desconocido, uno puede pasar un buen rato, compartir unas risas sobre el alcohol, apreciar una buena comida. Pero con un amigo uno conversa constantemente, se asombra de manera conjunta, señala aquello y esto, se mueve concatenadamente. Si la persona está ahí de cuerpo entero también podrá uno tocar su mano o pasarle la propia sobre el hombro. Pero tal vez ésa sea la única diferencia.

En lugar de lamentar que mi amigo no conociera esta ciudad maravillosa, me alegro de que la haya conocido conmigo. Cada vez que algo deja de sorprenderme un poco más, cada vez que el aire me sabe más a aire, veo que mi amigo se enjuga la frente sudorosa, satisfecho y sonriente. De mis amigos vivos todos me hacen falta también, todos están igual de lejos, todos en mí igualmente cerca. Con todos ellos y por todos ellos recorro las callejuelas centenarias y de vez en cuando huelo el incienso de miles de años. Es otra forma inefable de estar solo.



El que no sabe es como el que no ve

No ver no es lo mismo que estar ciego, obviamente. El ciego no ve porque no puede, el que no ve no ve porque no quiere. Tener ojos, poder ver, es irrelevante para quien no ve.

En el budismo no hay pecado, no como tal. Hoy en el templo de Chionji, en medio de un silencio penetrante que hace remansos en el centro de una urbe enorme, me hundía inexplicablemente en mí mismo y maravillado extendía una mano hacia los árboles que de manera natural no me eran distintos. Según la visión budista de las cosas sí hay error, ignorancia, persistente torpeza. El nombre para esta condición en sánscrito es avidya, que literalmente significa la “condición de no-ver”. Por cierto, la raíz que subyace las raíces vid y ver es la misma: eso lo vide y supe hace ya su buen tiempo.

En español “saber” tiene otro origen, un origen que comparte con “sabor:” ¡Qué cierto es que quien no puede sentir el sabor de las cosas no puede verlas! Entiendo, de manera inefablemente conectada, que la paz que se siente por ser uno mismo siendo como los demás no tiene que ver con el patriotismo o el nacionalismo. Aquí la gente es lo que es y se gusta. La tendencia no es a gritar enfurecido o lleno de fervor con un trapo amarrado al cuerpo, ni a decir hipócritamente que no se envidian los goces de otros lados: la tendencia es a recordarle al visitante extranjero en un bar, con extraordinariamente firme gentileza, que los del lugar tienen prioridad, sobre todo si son clientes conocidos. La tendencia es a preguntarle con curiosidad casi infantil a cualquier visitante extranjero, más allá de su apariencia, por las ocultas maravillas de su lugar de origen.

El que no se conoce es como el que no se ve.



Self is self is no self

A very important lesson reminds me, all of a sudden, of the story about the Zen master who used to live up on a treetop. Having heard of his infinite wisdom, the Emperor sent an envoy to ask of this enlightened tree dweller the secret of the Way. At the foot of the leafy structure, the plenipotentiary bowed repeatedly and conveyed the desire of the Son of Heaven. "To avoid evil and do good," replied the master. In heavy disappointment the envoy sighed: "Even a four year old knows that." "Yes," replied the master, "but even an eighty four year old man finds it hard to put into practice."

The secret is to be oneself: as an individual, as a religion, as a nation, as a people, as a species. Everyone knows this, but very few seem to be able to put it into practice. Even trying to be ourselves we waste time and space being something else. Of course it's all because being oneself has nothing to do whatsoever with trying.



Lo enorme y lo pequeño

Hay dos maneras de resumir Osaka: una es haciendo notar que uno podría vivir toda la vida ahí sin repetir una sola vez un plato; la otra es haciendo notar que hay tiendas por departamentos (varias de ellas) más grandes que una ciudad en otras partes del mundo. Es, en dos palabras, una ciudad monstruosa. Sigue siendo japonesa porque es gentil y cortés, pero las callecillas son más bien como los túneles de una madriguera de conejos, no exactamente como las señoriales callejuelas de Kyoto. Por supuesto debe haber de éstas también, y quién sabe qué más. No lo sé. Osaka es moderna, es pujante y electrónica, siempre tradicional pero sin templos. Es como podría haber sido una ciudad americana si se hubiera construido en Europa.

¿Adonde iremos a dormir todos? No a Osaka, ciertamente. Después de muertos tal vez a Kyoto; otros iremos a Jerusalén. Pero Osaka es para los vivos, y sólo caben los que ya están ahí. No he ido a Shangai, pero sospecho que será igual. En nuestras ciudades, en cambio, habitan los que no saben si están vivos o están muertos. O tal vez los que están vivos habiendo muerto hace tiempo, o los muertos que persisten en arrastrarse con el único fin de consumir oxígeno.



De vuelta al origen

Nara es a Kyoto como Kyoto es a Tokio. Es discreta y señorial, pero con un señorío de pueblo: de pueblo aristocrático y muy antiguo, pero de pueblo al fin. En sus parques los ciervos son, famosamente, ciudadanos de cuatro patas y se pasean por donde quieren, al punto que los automóviles deben detenerse cuando a uno de ellos se le ocurre cruzar alguna calle. Están celebrando los 1,300 años de la ciudad, aunque esto es difícil de calcular –algo así como calcular sin duda alguna la verdadera fecha en que fue fundada La Ciudad.

El templo de Todai-Ji merece su fama y más. Es la estructura de madera más grande del mundo, y en su construcción no se empleó un solo clavo. Podría ser monstruoso excepto por la gloriosa paz de sus jardines y la imponente majestad de la estatua en bronce del Gran Buda, para cuya construcción se utilizaron más de trecientas toneladas de cobre. Los fieles se mezclan con los turistas, tratando (a veces en vano) de hacer caso omiso de ellos.

Pasando por un parque impecable regresamos al centro de Nara. En compañía de mis guías, uno de los cuales se presta amablemente de traductor, descubro un pequeño establecimiento, casi escondido, en donde se venden productos de acero: sobre todo cuchillos, pero también tijeras. Una anciana venerable sale a recibirnos –dice mi guía que su japonés es tan formal que él lo entiende solamente en virtud de haber asistido a clases de literatura clásica japonesa. Casualmente señala la vitrina en donde descansa la espada más hermosa que han contemplado mis ojos. “Maestros forjadores vienen de varias partes del país,” dice, “para contemplar su brillo, nunca disminuido durante los pasados seiscientos años.” Su antecesor, explica, fue maestro forjador de los Tokugawa, y la asombrosa katana es recuerdo de ello. Los cuchillos son tan hermosos que dan ganas de llorar. Contemplo uno de ellos y la anciana me dice, a través del traductor, “Ése es el que yo le recomiendo.” Sin dudarlo tomo el precioso instrumento y muestro mi vehemente deseo de comprarlo. Ella retrocede escandalizada: “No puede comprarlo,” dice “sin antes haberlo tocado, aunque se lo haya recomendado yo.” Obedientemente compruebo su extraordinario filo, y la esmerada belleza de su construcción, obviamente a mano, un hojaldre de acero doblado infinitas veces intercalando acero suave con acero duro en una operación mediada solamente por la cerámica. Satisfecha, empaca mi compra cuidadosamente y me la entrega con repetidas reverencias, cuya exquisita precisión desespero por imitar correctamente. La sola visita a esa tienda encantada habría valido con creces mi visita a Japón.

Pero hubo más. Viajando otra vez, nos adentramos en el aún más antiguo reino de Yamato, y llegamos al poblado de Tenri. Es sencillo y humano, abierto y descansado. Ya casi estoy acostumbrado, pero todavía me asombra que los comerciantes pongan sus artículos a la venta en la calle, y que uno tenga que buscarlos acuciosamente para poder pagar por ellos. En algunas partes de hecho ni siquiera están presentes: uno escoge lo que quiere y deja el dinero en una caja, pues los precios están todos claramente escritos. Podría asombrarme,

pero ya es claro para mí que antes de haber conocido este país no sabía el verdadero significado de “ser civilizado.” Después de todo, aquí hay una religión en cuyos altares, tanto los de los templos como los familiares, lo que hay es un espejo.

El templo de Tenri-kyo es tan sencillo como hermoso. También está hecho de madera, tampoco en su construcción se empleó un solo clavo. Sus espaciosos pasillos lo recorren largamente, la madera huele de manera constante. Es una bendición estar aquí pero estoy cansado. De regreso a Kyoto recorro miles de años y me pregunto si ser joven es, en verdad, tan grande cosa. Por supuesto mi pregunta es retórica, pues no existe juventud verdadera sin la promesa de la madurez, ni madurez sin juventud respetuosa.



ÍNDICE

I PARTE	3
Primeras formas.....	5
Seamlessness and beauty.....	6
Música y silencio.....	7
Glimpses of the other side.....	8
Imaginación y realidad.....	10
Never forget the ape.....	12
Nos otros.....	13
II PARTE	15
El agua y la sed.....	17
Every ordinary day is satori.....	18
La realidad espera.....	19
Satori is every ordinary day.....	20
Lo cercano es lo lejano.....	21
La amistad, la serpiente, el sendero.....	22
El que no sabe es como el que no ve.....	23
Self is self is no self.....	24
Lo enorme y lo pequeño.....	25
De vuelta al origen.....	26

Manuel Arce Arenales, 1949
Costarricense nacido en la ciudad de Guatemala.

editores  alambique

TODO TIENE SU TIEMPO,
Y TODO LO QUE SE QUIERE DEBAJO DEL CIELO TIENE SU HORA;

TIEMPO DE LLORAR, TIEMPO DE REIR,
TIEMPO DE ENDECHA, Y TIEMPO DE BAILAR
TIEMPO DE ABRAZAR, TIEMPO DE ABSTENERSE DE ABRAZAR
TIEMPO DE ROMPER, TIEMPO DE COSER
TIEMPO DE CALLAR, TIEMPO DE HABLAR
TIEMPO DE MATAR, TIEMPO DE CURAR

TIEMPO DE ESPARCIR PIEDRAS, TIEMPO DE JUNTAR PIEDRAS
TIEMPO DE GUERRA, TIEMPO DE PAZ

KOHELET III, 1.8